

historicismo—, de buena tradición de Vico, más que de buena tradición de Hegel—, que trae a cualquier problema concreto la aplicación de este pensar. Ahora, el establecimiento de un plan y unas normas para la enseñanza pública es un problema concreto. El sentido histórico comunicará al planteamiento del mismo, como una imposición más en el enunciado, la necesidad de no desatender en la formación del niño, del hombre futuro, el cultivo de ninguno de los órganos correspondientes a cada una de las manifestaciones con que el espíritu se desarrolla en la vida de la humanidad.

La ciencia es ciertamente una de estas manifestaciones; la ciencia, que aspira a lo seguro. Pero el arte y la poesía también lo son, aunque lo seguro les tenga sin cuidado. Y lo es, por modo eminente, la justicia. Sin perjuicio de que lo sea también la fuerza, que tan a menudo entra con la justicia en conflicto. Una educación, pues, que prescindiera de proporcionar al educando, no sólo información, sino experiencia personal, directa, vívida, de la Ciencia y de la Justicia, representaría una obra mutilada; pero no menos la que negara a aquél la práctica, además de la noticia, del Arte, de la Poesía o de la Fuerza.

Y entre las manifestaciones espirituales, ¿cuál habrá de más rica historicidad, cuál de realidad más auténtica que el vivir religioso? La mitad de las criaturas ideales que ha parido la cultura, la mitad de las formas en que lo ideal ha encarnado en el mundo, cifróronse en aquél. ¿Con qué derecho extirpar o siquiera dejar que se atrofien en un alma las disposiciones organizadas para el mismo? Con igual derecho al que pudiera invocar un maestro loco para privar a su pupilo, por temor al extravío futuro, de las posibilidades de generación, o bien por miedo a las ilusiones posibles del uso de alguno de los sentidos nobles, del uso del oído o de la vista, gloria del entendimiento y alegría del mundo.

Una vez aceptado este punto de vista teórico, las conclusiones prácticas se imponen por sí solas. Es natural que, como aquél, no escapan éstas a las agitaciones de la discusión. Vivacísimas las ha suscitado la obra de Giovanni Gentile, y no siempre han sido los más benévolos con sus principios fundamentales, aquéllos a quien en apariencia viene a favorecer la versión política de los mismos... Revisar una vez más la cuestión podría tentarnos. Pero nosotros no nos ocupamos en este instante en tareas de doctrina, sino de crónica. Lo que nos importaba en aquella obra era el sentido de continuidad, la coherencia orgánica entre sus partes y momentos. Y por consiguiente—, para mayor gloria del gre-

mio, ya lo hemos dicho—, la demostración de su intacta honradez.

#### LA CITA

LA víspera, algunos escritores habían recibido una invitación, concebida en los siguientes términos:

«El 14 de octubre de 1923 la *Société Mallarmé*, de París, se reunirá en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el maestro, para consagrarle un recuerdo.

»Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto—por decirlo así—sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado:

»Cinco minutos de silencio en recuerdo de Mallarmé.

»Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana, en la puerta del Botánico, que da sobre la Feria de Libros.

»Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos».

La tarde en que llegó este aviso era la primera que ha tenido este año, en Madrid, sabor de otoño. No hubo crepúsculo y, en el centro de la ciudad, las esquinas se perfumaron de olor a castañas y se espejearon en las mojadadas aceras las constelaciones de los escaparates.

#### EL CUADRO

LA mañana siguiente, abriendo la segunda jornada del otoño, era también muy fina. El tiempo era aquel tiempo en que a las once de la mañana ya parece seguro que no va hacer sol ni a llover demasiado.

El Jardín Botánico va atrasado esta vez de algunas semanas. El festín de hojas secas dista bastante de estar a punto. Esperemos que para noviembre lo estará. Noviembre es un gurmé delicado. Preparando su mesa, las oficiosas tardes de setiembre encienden el fuego. Las de octubre lo soplan. Hay que servir las hojas secas, como la carne a la parrilla, cuando salta la sangre.

Tal vez, en el paseo del Prado, las losas de la vereda estaban en ese domingo demasiado blancas. En las cuatro fuentes de la plaza de Murillo no se despeinaban locamente los chorros,

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

como en los días de gran viento. Pero ya cumplían su misión de abrir el barrizal modesto que sigue hasta Atocha y hace de este trozo excepcional de Madrid algo tan transido y tan dulcemente lloroso.

A media columna, en la puerta de esta especie de cementerio exquisito, que es el Botánico, sin muertos todavía, pero con panteones y epitafios ya, colgaban, en guisa de exvotos, algunos juguetes de a perra grande, cuyo cartón pintarrajeado también le hubiera gustado a Mallarmé.

Gran paraje para callar, mejor aún para callar en compañía.

#### EL RITO

LOS primeros en acudir a la cita habían sido Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset. Poco después Enrique Díez Canedo vino a apoyar en mi brazo veinte años de complicidades mallarmianas. José Moreno Villa aproximaba al negro una escala de grises que comenzaba en Antonio de Marichalar, Mauricio Bacarisses, José Bergamín, mi paisano José María Chacón y los otros llegaron más tarde. Alguien dijo que *Azorín* no podía venir, temeroso de que la imposición de cinco minutos de silencio iba a pesarle en demasía.

La devoción fué luego cumplida en un rincón púdico del jardín. No fué más religiosa la seriedad del rito que las ironías ligeras que le prepararon. El primer recogimiento pudo enlazarse sin reproche con la última sonrisa.

Cada minuto de los cinco tuvo su gracia y su sabor.

El primero pudo pecar necesariamente, un poco de dispersión y de aleteo.

El segundo minuto se balanceó un poco y cayó con lentitud espesa, así como cae de la punta del cuentagotas farmacéutico la lágrima de jarabe que dosifica una mano escrupulosa.

El tercer minuto se distrajo porque acertó a pasar por las cercanías una figura algo extraña que sobre la calada caperuza de un impermeable negro se había encasquetado un sombrero hongo, negro también. Para la aparición, nosotros fuimos recíprocamente aparición. Se detuvo un punto, miró sin demasiada curiosidad y se fué.

El cuarto minuto de silencio tuvo calidad de roce de ala. Una tras otra la sintieron las frentes descubiertas en una sucesión que ya excluía el sobresalto.

El minuto final se quedó vacío y ya dejaba sentir acaso cierta superfluidad. Sus paredes se volvieron delgadas y se irisaron como las de la pompa de jabón próxima a romperse. La señal de que el tiempo había transcurrido la reventó.

Dió esta señal Enrique Díez Cane-